Asumiendo por lo antes dicho, que estos once lienzos son todos obra de Murillo, ¿cómo es que se les tiene aquí, en esta capilla, relegados al olvido y al polvo? ¿Cuándo y cómo vinieron á dar al convento franciscano estos enormes cuadros? Por todas mis pequizas y por lo que he logrado saber, parece que fueron éstos regalados al convento de Guadalajara por el convento de franciscanos de México, no se sabe la fecha y que, en tanto estimaban los monjes estos lienzos, que á decir de la tradición, á nada de lo suyo daban tanto valor como á éstos. Por cierto, que á mi juicio, razón y sobrada tenían para ello.

Dos entre los once, son en mi opinión, los más notables. El colgado á diestra del altar mayor, que representa á San Francisco en éxtasis; y el otro que en lo alto del muro cerca del coro, representa su muerte y entierro.

El del altar mayor, lo considero de importancia tal y de tan grande mérito, que en este, más que en los diez restantes, es donde se echa de ver el pincel de Murillo, con el estilo de su segunda época de artista, que fué en la que alcanzó el zenit de su gloria. En este lienzo están sus cualidades propias: la serenidad armoniosa del conjunto, el colorido suave, hermoso y natural como el del ópalo; el ambiente fantástico y celestial como aquel que en sus cuadros de la Asunción, elevan el espíritu humano de la región terrenal á soñadas regiones celestes. Aquí también se traza su dibujo correcto, la colocación bien comprendida de las figuras, la agrupación de querubes y de ángeles en los que se traslucen sus conocimientos perfectos de las reglas de contraposición de la figura humana, los efectos de óptica y de perspectiva que, lo constituyen en tan gran conocedor como observador lo fué de la naturaleza y de la vida.

El estudio de este lienzo, muy en particular, nos conduce á la investigación y á ciertos recuerdos de las obras de este artista, y sus trabajos para la orden franciscana en Sevilla, pues para esta orden, como el Giotto en su siglo, pintó de preferencia, y á decir de uno de los buenos y recientes biógrafos de Murillo: (*) "de los claustros del convento chico de San Francisco, brotó el primer destello de su gloria." Parece que estos lienzos fueron originalmente pintados para el convento de San Francisco en México; y nada extraño sería, que como muchos otros, formasen parte integrante de esa partida de cuadros de que habla Palomino, para cargazón de Indias, "con la que adquirió un pedazo de caudal para su viaje á la corte." Me atrevería á creer que de estos once lienzos, diez por lo menos, son del estilo primordial de Murillo, antes de su partida para Madrid, en busca del gran Velázquez, de su realismo, colorido y enseñanza; pues en cuanto al onceno, ya tengo dada mi opinión sobre que pertenece á su segundo estilo. No es improbable, pues, que este último de los lienzos fuese adquirido años después de los otros diez. Pero he aquí, que encontramos este mismo asunto: "el éxtasis del santo," pintado mucho antes de 1645 para el convento chico de franciscanos de Sevilla, y que formó en su tiempo parte de una colección de once cuadros sobre diversos asuntos religiosos. Este lienzo se encuentra hoy en la Academia de San Fernando en Madrid; y á decir del crítico español, Luis Al-

(*) Luis Alfonso Murillo. El Hombre. El Artista. Las Obras. Un Tomo 1886. Biblioteca Artes y Letras. Barcelona.

fonso: "debió de ser uno de los primeros cuadros que "ejecutó en cumplimiento de su encargo, y muéstra. "se en él tímida la mano y sin sabor ni fuerza el co- "lorido." No recuerdo bien este cuadro de Murillo en la Academia citada; pero entiendo que el asunto general de la composición es algo parecido á éste; con la notable diferencia de que, si el de la Academia, adolece en opinión del crítico Alfonso de los defectos expresados, este de Guadalajara brilla por su vigor y fuerza en el colorido. La cabeza del santo, su actitud y expresión general en este lienzo, son verdaderamente soberbias. En estado de éxtasis se presenta á su atónita vista una visión sublime: el Crucificado entre nubes vaporosas, ángeles y querubes. Aquel conjunto, atrae é infunde en el espectador un sentimiento indefinido, como es aquel que nace ante la representación de lo sobrenatural magistralmente trasladado al lienzo. No hay en esta composición ese claro-oscuro *Rembrandtesco* que infunde hasta el pavor. La distribución de las sombras y luces, es armoniosa y atrayente, con ese colorido tan peculiar á Murillo, que lo singulariza de una manera inequívoca de entre todos los pintores. Los que como yo, han visto las grandes obras de Murillo, y las han estudiado detenidamente, no pueden menos de comparar el colorido de este cuadro, por ejemplo, con el de la Sacra Familia (hoy en la *National Gallery* de Londres), y de esta sola comparación, resulta una similitud tan grande, que á mi juicio, con esta sola bastaría para afirmar la autenticidad de este gran lienzo como obra del insigne sevillano.

Critica con suma severidad el citado biógrafo de Murillo, Luis Alfonso, que en el *Diccionario Universal del Siglo XIX* de Larousse, en el artículo sobre el célebre pintor del San Antonio de Sevilla, se haya asegurado que de los 23 cuadros pintados por él para el Convento de Capuchinas, entre los que estaba el magnífico lienzo de el *San Francisco de Asís,* (hoy en poder del Infante D. Sebastián en su palacio en Pau), no haya quedado rastro alguno, habiendo todos estos sido llevados á América por los frailes. Cierto es, que el mencionado Alfonso, nos dice en dónde se hallan y en poder de quién, esos célebres cuadros; pero no creo que al decir el mencionado *Diccionario*, que los frailes se llevaron á América esos cuadros, ande tan sumamente errado, si no es tocante á los de Capuchinos. La prueba, la tenemos delante con estos once lienzos, entre los cuales, como llevo ya dicho (en mi opinión,) los diez primeros pertenecen á la primera época del estilo de Murillo, y el *San Francisco de Asís* á la segunda, en la que llegó al zenit de su gloria artística. No es difícil, pues, que el *Diccionario de Larousse*, mal informado, haya confundido estos once lienzos, hoy propiedad de Guadalajara, con los 23 antiguamente propiedad de los capuchinos, sobre todo, cuando hay la coincidencia de que en ambas colecciones figura como obra importantísima el cuadro representando á *San Francisco de Asís*, y que al hablar inconcientemente de los cuadros traídos á América por los monjes, se trate de los que están aquí. En resumen: este cuadro es perfectamente original de Murillo, y fué traído por los franciscanos á México, (como los otros diez para los corredores de su convento). Será una repetición del mismo asunto, pero obra de su mano; réplica de algunos de los numerosos cuadros que sobre este mismo santo pintó, y que hoy se encuentran esparcidos unos por Inglaterra, otros por Francia, otros por Es-

paña, según catálogos formados de las obras de este pintor, por el inteligente historiógrafo americano Curtis, y el no menos inteligente Luis Alfonso.

El examen detenido, y como resultante de éste, la descripción y en seguida la crítica de los demás lienzos referentes á la vida del santo en cuestión, pediría muchas páginas que no me es dado consagrarles en este libro. Sin embargo, no finalizaré este asunto interesante, sin decir unas palabras sobre el que á mi juicio, puede tener más importancia después del ya descripto, quiero decir, del qne nos representa la muerte de San Francisco en Asís, acaecida en 1226.

Este enorme lienzo es como los demás obra del mágico pincel del sevillano Murillo; diré que es un trabajo verdaderamente notable, con especialidad por la sorprendente combinación del claro-oscuro. Este, si es *Rembrandtesco* en toda la acepción de la palabra, y de la escuela del insigne maestro de luces y de sombras. Representa la lúgubre escena en aquellas horas, en que ya encajonado con tapa descubierta, el cadáver del santo, es velado por unos monjes poseídos de recogimiento religioso y singular dolor, como se deja traslucir en sus semblantes místicos.

Hay aquí una expresión que habla, una escena que conmueve, una historia en que se lee perfectamente la última página de un libro que se deshoja y que se trunca con la cesación de la vida de un hombre de reputación universal. Es este lienzo, la representación más viva de la vida contemplando á la muerte! Aquí todo es realismo, y por lo tanto, es un cuadro de profunda impresión. El dibujo correcto; la perspectiva de mucho efecto, revelando grandes conocimientos de óptica, tales como los poseía

Murillo; el tratamiento de paños muy bueno, y el claro-oscuro, como llevo dicho, *Rembrandtesco.*

Esta composición tan atrevida, es obra del genio, ya bien sea de Murillo ó de otro gran pintor. El colorido, puede muy bien prestarse á serias digresiones, como también facilitar al investigador y al crítico el estudio de cómo la escuela de Velázquez y su coloración perfectamente impresionista, pueden haber ejercido un influjo directo sobre la mente de Murillo. La gradación de claros y de oscuros, en una escena iluminada como ésta, con la luz artificial de cirios y de velas, es empresa en la que, sólo el genio de un artista puede obtener un triunfo; y á fé mía, que el claro-oscuro es lo que forma aquí, el gran éxito de este lúgubre pero interesante asunto de la escuela del arte religioso del siglo XVII.

*
* *

El joven estudiante, que de tan buena voluntad me acompañaba en esta vez, me invitó á pasar á la inspección de otros cuadros, colgados unos y otros recargados contra el muro del oratorio adyacente á la capilla.

El silencio, abandono, polvo y telarañas de este pequeño sitio, concuerdan perfectamente con el olvido al que se han relegado las obras pictóricas que se encuentran aquí, (*) y que comprenden una colección de unos 38 cuadros, cuya descripción y juicio crítico

(*) Después de escrito lo anterior se ha cambiado del todo el pequeño oratorio.

sobre ellos sería largo de escribir. Así, pues, tan sólo de paso haré una que otra observación.

De todos estos lienzos sólo hay tres que son profanos: unos que representan pasajes de la Historia Romana, y que se dice son de escuela mexicana antigua. Los 35 restantes son de escuela sagrada, y representan asuntos demasiado trillados, como son: los apóstoles, la vida de la Virgen, la Magdalena, el Calvario, San Pablo escribiendo, etc,; pero hay algunos de entre éstos, que tienen bastante mérito, y son de buen origen, como los tres que pintados por Lucas Jordán representan escenas de la vida de la Madre de Dios. Encontrarse aquí con una obra de Giordano (ó Jordán como arbitrariamente le han llamado los españoles), es una sorpresa tan agradable, como haberse encontrado con esos lienzos de Murillo. Este célebre discípulo de Rivera y de Francisco de Cortona, fué muy fecundo con su pincel, tanto en el género religioso, cuanto en asuntos profanos y mitológicos. Orgullo de la escuela napolitana, pasó á España al llamamiento de Carlos II para quien ejecutó infinitas telas de asuntos sagrados. Es de presumirse, que estos tres cuadros, bellos por su colorido y felices por el tratamiento de paños, vinieran á México como donación de aquel monarca á algún templo ó convento de esta católica metrópoli Me extraña sí, que en el católogo de las obras numerosas que ejecutó tanto en Nápoles, como en Madrid, no figuren estos tres lienzos, que hoy casi relegados al polvo y al olvido, forman parte de la colección de obras pictóricas arrinconadas en el oratorio de este viejo plantel.

Del pintor mexicano Ibarra, hay aquí tres cuadros sobre la vida de Santo Domingo de Guzmán, y

un San Pablo escribiendo; todos bastante bien ejecutados, pero con ese colorido poco vigoroso y de entonación *aperlada*, que es característica á aquel que de hay en fuera fué un pintor concienzudo de nuestra antigua escuela mexicana.

De los pintores Henríquez y Villalpando hay aquí muestras de sus obras. Del primero, una Magdalena y 10 cuadros pequeños en lámina de bronce, con diversos asuntos relativos á la pasión de Cristo. Del segundo, un San Gerónimo. El pintor Henríquez [cuyos orígenes en su arte ignoro totalmente], se presentaba ante mi vista esta mañana por vez primera; y me es grato hacer su apología como buen colorista de Escuela Veneciana; pero es tan poco correcto en su dibujo, que, si con la coloración atrae, casi rechaza con sus incorrecciones en el difícil tratamiento del desnudo en la figura humana.

Debajo una ventana de este oratorio, estaba contra el muro alrevesado, un cuadro que al ser removido de su sitio por el cortés estudiante, *cicerone*, y colocado en buena luz, me reveló desde luego ser la obra de un verdadero pincel maestro. Representa éste un bello asunto religioso: el Salvador servido por los ángeles. Tela de no muy grandes dimensiones es ésta, en la que se ha pintado con sumo éxito, una composición que desde luego enagena por su brillante colorido, su claro-oscuro y la expresión celestial del conjunto, la cabeza del Salvador, como aquellas que nos pintó Correggio, en las que á verdades humanas se agrega eternamente la revelación en la mirada y el semblante de lo que es divino. El hombre-Dios asumiendo la carne, pero jamás ocultando su espíritu único, incomprensible é insondable..... —¿Quién es el autor de este cuadro? ¡Ni el estudiante, ni nadie

lo sabía! Sin firma, sin fecha vino á dar á esta colección, probablemente sacado de algún convento de esta ciudad. Ante este bello cuadro, me deleité todo el tiempo que pude. Le colocamos en su lugar con debido respeto. El estudiante, seguramente pensando en otras cosas, y sin darse mucho á la pena con todo lo que nos rodeaba, pero yo, francamente preocupado y un tanto azás nervioso, con no saber quién fué el autor de esta composición que traía á mi memoria el colorido del Ticiano y los ideales de Rubens, interpretados con mágico y pincel en sus creaciones del arte religioso.

Abandonamos la ex-capilla oratorio del viejo Seminario, en donde por mi parte había pasado un buen rato y de sumo interés para mí. Volvimos hacia la puerta de hierro buscando la salida; mas como que ésta, la había cerrado el joven estudiante al irnos en busca de los célebres cuadros, preciso era de nuevo abrirla y encontrar la salida. ¡Pero he aquí que volvía á repetirse el hecho de que ésta ahora, más que nunca, rehusaba abrirse!

El incidente era cómico en extremo. Sin causa justificada, y por fuerza mayor (¡la de la puerta!), el estudiante y yo nos encontrábamos perfectamente presos, teniendo por cárcel un pasillo y el patio solitario y silencioso de la capilla! Todos nuestros esfuerzos habían sido infructuosos, cuando (yo casi resignado á la suerte, seguramente esperanzado en que en alguna hora terminaría nuestra prisión), pasaba por fuera otro estudiante cuyos esfuerzos por evadirnos de la situación, también fracasaban al pretender abrirnos esa puerta hechizada. No tenía más remedio que apelar otra vez al concerje. Por fin, llegado éste al campo de la luhca, redoblaba todo su ingenio

por abrirnos de nuevo. La vieja chapa volvía á resonar como matraca indicando, una y cien veces que, lo que á ella concernía, la puerta estaba abierta. ¡Mas sin embargo, no era así! Pues á nuestros empujes estaba prácticamente cerrada..... ¡Esto si se pasaba de claro-obscuro! Cuando ¡Eureka! Un pequeño cerrojo en forma de treta apercibido por alguien se deslizaba al toque de una mano, y entonces sí le plugó á la vetusta reja poner término á tan chusca escena, y de nuevo, girando y gimiendo sobre sus enmohecidos goznes, nos concedió esa tan deseada libertad, cuanto más difícil había sido conquistarla.

***

El Liceo de Varones, constituido como lo está al presente, es en todo un plantel de instrucción pública, no sólo digno de este Estado de Jalisco, sino de cualesquier país civilizado. La enseñanza aquí impartida, comprende muchos ramos del humano saber, cuyos conocimientos se propagan diariamente á más de 400 alumnos, de entre los cuales, son en muy corto número los internos, que pagan por cabeza $12 mensuales por asistencia muy completa.

Las cátedras se abren en Octubre y se verifican los exámenes en Julio, después se sigue el período de vacaciones. Hay en este Liceo jóvenes de casi todos los Estados; el que me ha acompañado en esta vez, es hijo del de Oaxaca, y á su cortesía y buena inteligencia, debo en gran parte haber pasado una mañana deliciosa, cuyos recuerdos siempre me serán gratos, cuando ellos están tan íntimamente ligados á

lo recreativo é instructivo en esta ciudad Reina de Occidente.

II

Si Guadalajara fuera una de esas ciudades, con poco ó nada que enseñarle al viajero, salvo su Museo Industrial, con sólo éste salvaría su reputación de capital progresista y civilizada. Ninguna otra capital de la República más que ésta (que yo sepa á lo menos), puede vanagloriarse de haber sido la primera y la única de dar un paso tan benéfico, como ha sido el establecimiento de un centro en edificio *ad hoc* para el estudio y el eficaz conocimiento de todos los productos y riqueza agrícola, minera, industrial y manufacturera de un solo Estado del país.

Ya en mis vagancias matutinas tenía proyectado ir en busca de este Museo Industrial, cuando al saberlo su director, el estimable é inteligente caballero D. Juan Ignacio Matute, se ofreció bondadoso á llevarme, y como resultado de nuestra visita, trascribo aquí gustoso estos mis apuntes é impresiones.

En camino al edificio en que está ubicado este Museo, su director me habló de que éste había tenido orígen y nacimiento entre un grupo de personas que forman parte de la Sociedad de Ingenieros de esta ciudad; á la vez me impuso de que estando éste en sus principios, no debía esperar una gran cosa; pero que, en fin, vería yo hasta qué punto habían llegado los esfuerzos colectivos de varios individuos, con el noble propósito de tener aquí un centro de utilidad práctica para el conocimiento de las riquezas y los productos del Estado de Jalisco.

En charla amena y agradable, medimos una corta distancia desde el bello Jardín de la Universidad hasta llegar al punto deseado. Penetrábamos á un vasto edificio de construcción muy sólida y antigua, de arquitectura colonial, lleno de luz que llamaré sonrosada, efecto sin duda de la reflectación del color con que por dentro está pintada esta casa señorial, en una época colegio de Jesuitas. Nuestra visita era esperada; así pues, la puerta de entrada al salón principal del Museo, en el piso bajo, nos franqueaba el paso sin dificultad ni rémora alguna.

Estábamos en una inmensa galería, cuyas numerosas y amplias ventanas, nos arrojaban un torrente de luz vivísima que destacaba á nuestra vista infinitos objetos en armarios muy grandes con sus vidrieras de cristal. Recibía desde luego tres impresiones favorables. Primera: la que me hacía el local; segunda: la manera con que los objetos estaban clasificados y exhibidos; y tercera: la importancia representativa de las manufacturas revelando adelantos que nunca me esperaba.

En este salón, y otro que le es contiguo también de grandes dimensiones, están comprendidos todos los productos, toda la riqueza del Estado de Jalisco, el más grande, más poblado y el más rico de toda la República. Lo que teníamos delante, venía á ser una revelación trascendental de una naturaleza pródiga hasta lo infinito; de lo que contienen esas 6,758 leguas cuadradas (101,430 kilómetros) que forman dicho Estado, de lo que producen ó pueden producir, y finalmente, del trabajo é ingenio del hombre, y de lo que esto implica para su población de un millón veinte mil habitantes.

Entrar en minucioso examen, y describir en de-

talle los diversos productos de la naturaleza, de la industria manufacturera y del arte, exijiría un ímprobo trabajo fuera de mis alcances y tiempo disponible. Así es que, habré de limitarme á tomar en cuenta tan sólo ciertos asuntos de importancia vital.

La Agricultura.—Esta es la verdadera fuente de riqueza para este Estado. En realidad, los países agrícolas, son los positivamente ricos. Abel, fué el cuidador de los rebaños; pero Cain el labrador del campo; y los atenienses, aseguran haber sido ellos los primeros que practicaron el arte de sembrar el maíz. Las muestras de cereales en este Museo, son una revelación práctica de lo fructífero del suelo jalisciense, en cuya vasta extensión se encuentran todos los más bellos productos de las tres zonas. El Sr. Bárcena, nos dice en su importante estudio, que: "En un examen general puede estimarse que las re-"giones Norte y Noreste del Estado, son las más "productoras de trigo, y las situadas al Sur, Suroste "y Oeste, lo son de azúcar, maíz y café."

Todas las muestras de semillas aquí exhibidas y perfectamente clasificadas, son de sumo interés y afirman, más y más, la idea de la importancia de Jalisco como Estado agrícola y productor.

Pasaba en revista en los grandes armarios infinidad de muestras, y á los claros é inteligentes informes impartidos por el Sr. Matute, se seguía como era natural la apreciación de todo. Aquí teníamos la prueba evidentísima de la importancia de un museo de este género, cuando con sólo lo que tenía á mi vista, era toda una revelación de los innumerables frutos de las zonas tórrida y templada, entre los que podíamos contar: el tabaco, caña de azúcar (con muestras superiores de ésta ya elaborada), el café, cacao, algodón, arroz, maiz, trigo, cebada y garbanzo.

Hilados y Tejidos.—Si el hombre necesita de la agricultura para poder existir, no menos necesario les son los vestidos para poder defenderse de la intemperie y convertirse á la vez en sér civilizado. Motivo de sorpresa y de crítica ha sido, y es para el extranjero, el estado de desnudez de una parte considerable de nuestro pueblo bajo. Felizmente, Guadalajara, progresista y aseada, queda fuera de los alcances de esa critíca más ó menos justificada. Los productos de las fábricas que están en las cercanías de esta ciudad, me han sorprendido sobre manera, cuando ellos pueden competir en infinidad de artefactos con las importaciones extranjeras de quienes aparecen ya como rivales. Si la manta y los casimires, los calcetines y las colchas, las frazadas y las toallas exhibidas aquí como productos del país me hubieran sido enseñados como manufactura americana del Norte, podía haber creído que así lo era. No creo se pueda hacer mejor apología para industrias en nuestra patria, se puede decir nacientes, que ésta que hago imparcialmente, motivada por lo que en esta vez he visto aquí.

El Maguey.—Cuando uno recuerda como yo, haber visto esta planta en el extranjero tan sumamente honrada como lo está en el Palacio de Cristal en Inglaterra, ó en los grandiosos jardines de Kew, de aquel país, por esencia agrícola y horticultor; cuando uno recuerda que á este nuestro maguey se le coloca en lugar preferente en macetones é invernaderos dignos de ser por hadas habitados, entonces es cuando cruza por los antros de la memoria el pensamiento, de cómo aquellas naciones tan viejas como sabias de la Europa, le dan valor á las cosas que mu-